

15

CÉNTIMOS

¡ALEGRIA!

15

CÉNTIMOS

MESA DE PETITORIO



¿RECAUDARÁN MUCHOS PESOS?

- ¿Cuántos ha echado?
- ¿Cuántos? Uno nada más.
- Desengáñate, ya no hay hombres.

Ayuntamiento de Madrid

EN EL JARDÍN DE ENSUEÑO



LOS DOS. — ¡Nuestras almas purísimas, líliales, se columpiarán eternamente en un claror de luna!
(Sí, sí; fiense ustedes de los jardines de ensueño. . . Los riegan con biberón.)

NEW - IBER

San Lorenzo 5 - TALLER DE FOTOGRAFADO - San Lorenzo 5

ESPECIALIDAD EN FOTOGRAFADO DE COLORES **MADRID**

MONERÍAS DE ACTUALIDAD

POR SANCHA



Comentarios a la cogida del Bomba

— Es lo que he dicho yo siempre, cabayeros: para torear vacas hay que tener mucho ojo.
 — ¡Cá, hombre! Cuanto menos, mejor.



La Fiesta del sainete

Por fin hemos visto una función como Dios manda. Los actores, teniendo que pedir perdón por sus muchas faltas, y el público, en mantillas.



El campeonato del „Foot-ball“.

¡Las patadas que hay que dar, señores, hasta ganar una copa de plata que no sirve ni para levantarla en honor de Garibaldi!



La juventud del año

El. — ¿No sabes, ángel mío, que ha venido, por fin, la primavera?
 Ella. — Sí; pero detrás puede venir el guarda.

LA GOTA CIVIL

(CRÓNICA)

LA primavera hizo hogaño con nosotros lo que suelen esas personas impacientes ó desaprensivas, que para cuando uno les dice «pasen ustedes», ya están dentro.

Contábamos con que entraría, según aviso del almanaque, el día 21 del actual, pero se nos coló en casa mu-

chos días antes, y las personas formales y ordenancistas, que esperaban tener el primer grano coincidente en la fecha oficial, se encontraban ya, cuando ésta llegó, en pleno troje.

Y aun dicen que la agricultura padece con esta sequía.

Los que padecemos somos nosotros, que vivimos en constante erupción, sin habernos curado, además, de la *grippe*.

Porque eso sí, la primavera entró, pero la *grippe* no ha salido.

Es una delicia: el cielo insultantemente azul, la temperatura casi veraniega, y todo el mundo estornudando.

¡La sequía de los campos! Lamentable es que la padezcan y que corran el riesgo de perderse las cebadas, ahora que van á renovarse las Cortes; pero por muy secos que se queden los sembrados, más secos vamos á quedarnos nosotros.

La *grippe* es una enfermedad á la acuarela que parece inventada por Maura. Aun el ataque más leve estropea un considerable número de pañuelos. Pues unan ustedes la sequedad de la atmósfera á esa pérdida *grippal* de líquido, y díganme si dentro de poco habrá algún madrileño que pueda dar de sí tres gotas civiles.

Ahora empiezo á comprender por qué se adelantó este año la primavera: tuvo miedo la pobre de encontrarnos, á causa de la *grippe*, completamente resecos y sin ánimo para nada. La hermosa estación de los amores requiere, para producir sus beneficiosos efectos, que las personas á quienes anima tengan algún jugo. Un idilio en seco, no es precisamente un idilio. Jamás se habló del amor de los postes del telégrafo. Y actualmente todos semejamos postes del telégrafo que se suenan los hilos.

Cómo decir al objeto adorado, te amaré siempre, para que nos responda: ¡Dios te asista! El amor y la *grippe* son incompatibles aun cuando ambas enfermedades exijan el mismo método curativo. Así es que la primavera, que vino impaciente á visitarnos, adelantándose al permiso del almanaque, ha dado con una legión de *gripposos*, los cuales la saludan pañuelo en mano como pidiendo al presidente que le den la oreja.

Desesperada por tan terrible desengaño la primavera se ha hecho médica, y naturalmente, no deja vivir á los médicos. Corren éstos, unos á pie y otros en coche, pues sabido es que la muerte no repara en medios de locomoción, de aquí para allí, de ceca en meca, reconociendo enfermos y firmando pases. La enfermería, como dicen esos simpáticos galenos, aumenta en proporciones tan aterradoras, que ya en Madrid lo más difícil es encontrar un sano y un distrito. Médico hay que llega á su casa con el brazo de extender recetas anquilosado por la fatiga, y para acostarse necesita llamar á otro médico y que éste le meta en cama.

Asusta pensar el trabajo que les ha caído encima á nuestros doctores, y según asevera uno de ellos, lo más terrible es que la epidemia *grippal*, aunque produce innumerables casos, no reviste caracteres graves. O lo que es lo mismo, que la muerte no ayuda por esta vez, como debía, á sus compañeros.

¡Oh, primavera, primavera juvenil, diosa virginal inspiradora de deseos, bien nos has encontrado este año entre la *grippe* y las elecciones!

Bueno; á juicio de muy doctas personas, de cuantos males nos ocurren, salvo la oculta cogida del *Bomba*, tienen la culpa las manchas del sol.

¡Qué gran misterio encierra la Creación! El sol se mancha y estornudamos á todo trapo nosotros, sin duda por el olor de la bencina.

¡Haga Dios que esas manchas desaparezcan pronto de la superficie, ó lo que sea, del astro incandescente! ¡Que le den el tercer entorchado, ó perecemos todos con el pañuelo en las narices!

Eso sí: para los aficionados al enérgico juego del *foot-ball* no hay *grippe* que valga.

Allí les tienen ustedes todos los días en el Hipódromo dándole patadas al balón con una buena fe y un entusiasmo encantadores.

A mí, no es que me disguste el *foot-ball*; todo lo contrario: me parece un juego varonil y abundante en lances divertidos.

Lo único que creo es que se emplean muy mal las patadas.

¡Hay tantos en el mundo que deberían recibir esos puntapiés con más títulos que el balón de goma!

¿Cómo no se les ha ocurrido todavía á los jugadores de *foot-ball* dárselos al portero, en vez de adjudicárselos á la pelota? Porque ¡cuidado si muchos de ellos los merecen!

Ello es que, cuando se construyó el Hipódromo, la gente dió en decir que ese campo no servía para nada; y, efectivamente, las carreras de caballos, para cuyo ejercicio ó deporte se hizo el Hipódromo, han estado varias veces á punto de desaparecer de nuestras costumbres aristocráticas.

Hoy mismo no aprovechan sino para advertir que el tiempo va á meterse en agua; pues anuncio de carreras de caballos, diluvio seguro.

Pero los que dictaminaron la inutilidad del Hipódromo se equivocaban de medio á medio. Es cierto que apenas se aprovecha para carreras hípicas, pero vean los lectores correr por él á los jugadores de *foot-ball* y á los jugadores de *golf*, y digan si el Hipódromo es inútil.

Sólo que nosotros, al construirlo, queríamos desarrollar la raza caballar, y hemos desarrollado la nuestra. Una leve equivocación cualquiera la tiene.

Además, gracias á esos juegos, hemos aprendido inglés de pronto y, por consiguiente, tenemos una lengua más á la disposición del ínclito Toribio.

No fué, pues, tan lamentable la idea de construir el Hipódromo, sólo que sería prudente poner un cartelito á la entrada advirtiéndole que los señores caballos no están nunca en casa.

Porque al Hipódromo le sucede lo que á los automóviles.

Los hacen de muchos caballos, y sólo se ve á las personas.

* * *

Una nota electoral y artística al mismo tiempo para concluir esta *Gota civil*.

Nuestros dos grandes escultores Benlliure y Querol no desisten del amable antagonismo que hace tan móvida su buena amistad.

Querol ha decidido ser padre de la patria, y se presenta por Tortosa.

Con esto creía haber derrotado para siempre á Benlliure, sumiéndole en la más grande desesperación.

Se equivoca el ilustre escultor catalán.

¿El se presenta por Tortosa? ¡Pues Benlliure por Tortosa y Soler!

Derur

RECORRIENDO LAS ESTACIONES

POR SANCHÁ



- ¡Papá, papá! ¿no decían que sólo se puede ir á pie? Pues por aquí huele como si hubiese pasado un automóvil.
— Cállate, niño, que es la bencina de la levita de tu padre,

Tenia Pura los cabellos negros, tan negros que serian á su lado la hiel de un carbonero y la asadura de un cesante, dos piezas de alabastro. Mas luego Pura fué de esas personas que de pronto se ven el pelo blanco, y á pesar de ser joven, parecia que la había caído de un tejado un inmenso merengue en la cabeza, guarnecido de horquillas y de lazos, restándola belleza de la mucha que Pura tuvo en sus mejores años. El día de mi cuento Pura estaba residiendo en un pueblo, en Valdecharcos, mientras Carlos, su esposo, en Buenos Aires se hallaba unos asuntos ventilando. Mucho la disgustó tan repentina mudanza de color; porque su Carlos, de la hermosa negrura de aquel pelo se hallaba locamente enamorado. En las cartas que Pura le escribía se guardaba muy bien de revelarlo; mas la vuelta del tal ya estaba cerca y había que inventar algún engaño. ¡Todo menos que el cónyuge de Pura pudiese alguna vez notar el cambio (aunque no hubiera sido la primera que le habría hecho ver lo negro blanco)! Le brindaba la química recursos. Los tintes, ¿para qué se han inventado? Pronto un viaje á Madrid era preciso. Mas el día después de proyectarlo y hallándose, por cierto, Pura sola corriendo tras Merlín, que era su gato, llegó el cartero y la entregó una carta que decía: «Mañana entre tus brazos volveré á descansar. Llego en el mixto. Ya tengo mis negocios terminados y sólo pienso en tus cabellos negros y en el próximo instante de besarlos.» Del marido de Pura era la epístola. ¡Como una bomba la cayó en las manos! El apuro era atroz; porque... ¿qué diantres de tintes iba á haber en Valdecharcos? Purita y la Tomasa, su doncella, en balde calentábanse los cascotes y veían pasar hora tras hora sin dar con un recurso bueno y rápido. La tinta de escribir que allí se usaba era una tinta de color violáceo, y el betún del calzado no servía,

porque allí no eran negros los zapatos. ¿Qué hacer, pues?... ¡Ya era tarde!... ¡Pobre Pura! Un color que se la iba y otro... es claro, se la venía... (menos el del pelo, que por nada dejaba de ser blanco). De pronto la Tomasa se dió un fuerte golpe en la frente y exclamó:—¡Ya he dado con ello, señorita! Con la salsa que hay de los calamares que sobraron de la cena de ayer, la untaré el pelo y así la quedará que ni pintado. — Venga la salsa, pues — dijo Purita —, ya que no hay otro medio más á mano. Al cuarto de hora de esto, y gracias sólo á tan fácil recurso culinario, el ébano era leche merengada junto al pelo de Pura. — ¡¡Me he salvado!! — exclamaba, mirándose al espejo y viéndose sin canas. Muy temprano se acostó aquella noche y, como siempre, á los pies de la cama se echó el gato. Mientras Pura dormía, estaba en vela el tuno de Merlín, soliviantado por aquel olorillo de la salsa... (¡A veces los mininos son el diablo!..) Transcurrió silenciosa aquella noche; la mañana llegó... (lo cual no es raro), y á las siete, en la puerta de la calle se oyeron dos ó tres aldabonazos que cortaron el sueño á la Tomasa, mas no á Purita en su dormir pesado, pues no la despertaba ni el Tanhauser con todos sus excesos wagnerianos. — ¡Tomasa! — dijo Carlos — ¿No sabíais...? — ¡Tan pronto, la verdad, no le esperábamos! — Pues voy á sorprender á la señora. Y en la alcoba de Pura entró don Carlos; abrió de par en par, miró hacia el lecho... y se oyeron dos gritos simultáneos. — ¡Pura, Pura! — exclamó el recién venido —. ¿Cómo es que tienes el cabello blanco? — ¡No lo tengo, mi bien!

— ¿Por qué lo niegas? — ¿Te lo ha dicho Tomasa?... ¡Yo la maté!

— ¡¡Perdiste, Pura, tu mayor hechizo!!...

No sé lo que después habrá pasado. Tan sólo sé que cuando Pura, loca, fué á mirarse al espejo del lavabo, ¡relamiendo sus negros hociquitos á los pies de la cama estaba el gato!...

Juan Pérez Zúñiga

SANTOS DEBERES

CONVENCIDO te supongo, ¡oh cristiano lector!, de la inutilidad de toda clase de consejos, incluso los Consejos de ministros; pero mi deseo de que sepas cómo has de comportarte durante los próximos días de Pasión, me mueve á darte algunas reglas de conducta, que te ruego conserves, pues si ellas te faltan todo será embarazo en tu manera de obrar.

* *

Lo primero que debes tener presente es que estos venideros días son días de humildad, por lo que te aconsejo no pienses en Maura, que es la propia soberbia, ni regañes con tu suegra aunque te haga comer de vigilia toda la semana, pues la ira sienta tan mal en los pechos cristianos, como las judías en los estómagos religiosos.

* *

Debes también ser humilde en tus vestidos, procurando parecerte más á Weyler que á Medrano, no llevando jamás el *lujo en el vestir* á donde lo lleva Cayuela, actor que, para entregar una carta en escena, se encarga á Londres un frac.

* *

Debes asistir á las funciones religiosas; pero, si tienes hijas casaderas y guapas, te recomiendo no las llesves á las iglesias muy concurridas, pues en este tiempo, más que en ningún otro, es prudente huir de las tentaciones.

* *

Si eres soltero y tienes afición al cinematógrafo, debes acudir en estos días á las *tinieblas*, porque el resultado será para ti el mismo, y de fijo no será la carraca lo único que toques.

Debes recorrer las *estaciones* y visitar los *monumentos*, á excepción del *monumento* á Martínez Campos, pues al contemplar la obra de Benlliure puede acometerse un ataque de risa, y no es la risa lo más adecuado en estos días.

Debes asistir á los Oficios (sin declararte en huelga) y debes contemplar la escena del *lavatorio*, en la que verás cuánto más fácil es lavar veinticuatro pies apostólicos que una sola acta maurista. Las que van á traer algunos candidatos, ni Cristo las hubiera dejado limpias.

Si asistes al sermón de Soledad y escuchas que el predicador empieza su discurso con las compasivas palabras «¡Ay Soledad, Soledad!» debes huir del templo,

pues tales frases más parecen principio de petenera que de oración sagrada.

Debes, en fin, durante estos días, visitar la *cara de Dios*, oír el sermón de *mandato*, rezar mucho y con devoción, huir de los espectáculos y placeres, comer de vigilia, escuchar *las siete palabras*...

Y ni una palabra más.

Siguiendo estos consejos, y practicando estos santos deberes, saldrás, cristiano lector, de esta semana tan triste como Vadillo, y alcanzarás los felices días de la resurrección de Cristo, de la resurrección de las corridas de toros y de la resurrección de más de la mitad del censo electoral para las próximas elecciones.

Así sea.

David.

LA SEMANA SANTA MADRILEÑA

SILENO



COCHEROS EN LIBERTAD

MIENTRAS todos los fieles cristianos, sumidos en profundo recogimiento, conmemoramos la Pasión y Muerte de nuestro Salvador, los cocheros hacen fiesta, según ellos dicen, contrastando su alegría con nuestro místico dolor.

¡Basta de pescante!, gritan con acento triunfal, y se meten en las tabernas.

¡Qué cosas tan raras les suceden á los cocheros! Cuando abandonan el pescante, es cuando mejor las pescan. Chico va, chico viene, cochero hay que empalma los dos días Santos en el mismo establecimiento vinario de Próculo, y cuando sale el sábado de gloria á la calle, va como una inclusa que hiciera eses.

El resto de la población madrileña ha asistido de-

votamente á las tinieblas; ellos á las iluminaciones por dentro.

Que falten de tal modo á las observancias religiosas los cocheros particulares, no tiene nada de particular; pero es imperdonable que los imiten los de abono y los de punto. Los de abono, porque ya es sabido que el abono en Madrid no admite nada irregular, y los de punto, porque siempre se dijo punto y coma, pero nunca punto y beba; ¡y cuidado si beben en los dos días de asueto esos cocheros ortográficos!

Sin embargo, justo es reconocerles á unos hombres que se pasan trescientos sesenta y tres días del año sentados, el derecho á descansar dos andando en dos pies. Ciertamente suelen aprovechar muy mal el supradi-

cho derecho, porque en vez de andar derechos, andan torcidos y algunos se caen, pero eso no depende sino de la falta de costumbre de lo que algunos escritores modernistas llaman *deambular*.

No, los cocheros no *deambulan* como las personas finas ó los socios del Ateneo; pero hay que perdonárselo, pues los que se acostumbran á los remos ajenos, no saben luego mover correctamente los propios. ¡Lo mismo les sucede á los que traducen obras extranjeras cuando intentan escribir comedias originales!

Ello es, que en la Semana Santa madrileña, casi son tan malos los pasos de la procesión de Viernes Santo como los pasos de los cocheros; y, sin embargo, detrás de aquellos pasos van las autoridades, y detrás de éstos el frasco de amoniaco y las alteraciones de la peseta.

Deseamos á los simpáticos simones madrileños unos

felicísimos Jueves y Viernes Santos, rogándoles que, puesto que esos días no cargan en el punto, no carguen tampoco hasta la saciedad en casa de Próculo, y que aunque haya monumentos en las iglesias, no las cojan ellos excesivamente monumentales.

Bueno es conmemorar el terrible drama del Gólgota, pero no tanto que los taberneros tengan que decir:

— ¡Todo está consumido!

y que muchos cocheros no resuciten hasta el tercer día; y eso á fuerza de pasarles malos olores por las narices y de desnaturalizarlos con el alcohol, metiéndoles en agua fría las extremidades.

¡Bueno fuera que los únicos días que usan los pies, se los tuviesen que lavar en la Casa de Socorro para que ellos volvieran en sí!

¡No se iban á reconocer!

Mengáñez

EL TEATRO POR DENTRO AUTORES Y ESTRENOS

RICARDO DE LA VEGA. — MIGUEL ECHEGARAY. — FERNÁNDEZ SHAW. — ARNICHES. — CHAPÍ. — PERRÍN. — SINESIO DELGADO. — MIGUEL PALACIOS. — LOS QUINTERO. — PÉREZ GALDÓS. — EL MAESTRO JIMÉNEZ. — JACKSON. — LÓPEZ SILVA. — JIMÉNEZ PRIETO.

Los hermanos Quintero, con su facundia observadora, retrataron en su obra *El estreno* las peripecias que suelen ocurrir á los autores la noche de prueba, en que, por fin, vencidas toda suerte de dificultades, logran ver cómo se alza la cortina para que el público juzgue su trabajo.

El autor que se caricaturiza en *El estreno*, mientras se representa su obra fuma pitillos sin descansar, arrojándolos apenas encendidos, para liar al punto otro nuevo cigarro.

Inconsciente, nervioso, remeda distraídamente las sevillanas que en aquel instante bailan las tiples en el proscenio; y secas las fauces, las manos frías y el sombrero en el cogote, con los ojos muy abiertos, corre sin tino de uno para otro lado...

Pues bien; todas estas rarezas del hipotético personaje nada significan ante aquellas otras que se observan en los autores de carne y hueso. Y si no, véase la clase.

Juzga el cronista que al lector le agradará conocer lo que hacen algunos de nuestros más afamados autores durante el estreno de sus obras, y para contárselo al público se dedicó á observar entre bastidores. Así vio cómo Ricardo de la Vega, sin mirar jamás por las junturas de las decoraciones el desarrollo de la representación, en muy poco trecho pasea rápidamente. Al actor que sale de escena, al empresario que abandona una «caja», al tramoyista, al amigo, á todo el que se le pone delante, le interroga con el interés que es de suponer: «¿Cómo va eso?» Pero lo más famoso del caso es que, después de hecha la pregunta, jamás aguarda la respuesta, continuando en su nervioso pasear...

Miguel Echegaray, ¡ah! ¡Este es el colmo de la preocupación! En noche de estreno se le ponen los nervios como cuerdas de guitarra. Apenas se alza el telón, ya está D. Miguel *identificado* con un bastidor, hurgando el papel con los agarrotados dedos. Haciendo gestos, silencioso, á veces permanece largo rato con el rostro pegado á un *forillo*, siendo en él muy frecuente el que persiga, monomaniaco, todo cabo de cuerda que encuentra al alcance de la mano. Al punto hace un nudo. Como ha ocurrido en alguna ocasión el que estos entretenimientos suyos entorpecieran la manobra de una precisa y rápida mutación escénica, los maquinistas, que ya le conocen, marchan detrás del aplaudido autor, dedicándose á deshacer el lazo ó nudo inevitable.

Carlos Fernández Saw es otro ejemplo de impresionabilidad. El día del estreno no prueba bocado.

Llega al teatro visiblemente congestionado. No cesa de fumar cigarrillos, repitiéndose el caso de producirle el estreno los mismos efectos que produce una travesía por mar, cuando el barco se balancea.

Arniches jamás permanece entre cajas. Se va á los cuartos de los artistas, á la calle, incluso, pero sin alejarse del teatro. Las muchas veces que ha salido á escena, aclamado por el público, fué siempre visible la demacración de su rostro. Aseguran las tiples que le sacan á escena que sus manos tienen la frialdad del mármol.

En el grupo de los *tranquilos* puede incluirse al maestro Chapí, Guillermo Perrín y Sinesio Delgado. A éstos, al menos, no se les conoce la irritabilidad del sistema nervioso. Miguel Palacios, en cambio, se pone «á morir».

Los hermanos Quintero se dedican indefectiblemente á dar paseos por el foro, cada uno respecto del Otro en sentido contrario. De vez en cuando, por las junturas del decorado, observan atentamente las caras de los «morenos» durante el curso de la representación. En su continuo pasear, á veces están solos detrás del *forillo*, y ni por casualidad se dirigen la palabra. «Por lo demás», permanecen, al parecer, indiferentes.

El insigne D. Benito Pérez Galdós se esfuerza en aparentar una tranquilidad, un aplomo que, por algunos pequeños detalles, bien puede observarse que está muy lejos de sentir.

El maestro Jiménez tiene una extraña manía: la noche del estreno lleva al teatro varios paquetes de cigarrillos engomados, y en cuanto observa que sus colaboradores, algún amigo, el empresario ó alguien de la casa se disponen á fumar un pitillo *de los de cuarenta y cinco*, les obliga á tirarlo, regalándole en seguida una de las cajetillas de papel de arroz que lleva prevenidas. Le críspa los nervios ver liar el tabaco. Mientras Jackson Veyán se guasea de su sombra, echándole las culpas al colaborador «si la cosa va mal», ó achacándose la victoria si la obra es aplaudida, hay autor, como López Silva, que encantado, en serio, de la producción suya que está representándose, sin moverse de la primera caja, busca con los ojos la aprobación del amigo, actor ó tramoyista que tiene más cerca, dirigiéndole la más amable de sus sonrisas, para que con él se ría del chiste que acaban de decir.

La noche que el pobre Jiménez Prieto (q. s. g. h.) estrenó en Price *Aires nacionales*, poco después de alzarse el telón le encontré sentado en un banco del paseo de Recoletos...

Enrique Sá del Rey



SEÑORES „POSEURS”

EL talento tiene también sus tontos. No es paradoja. El talento tiene sus tontos, y estos señores son los *poseurs*. Convengamos en que la *pose* es una tontería.

Hay escritores de talento — dicho sea en serio — que tienen la manía de la *pose*, y creen los incautos que con ella se acrecienta el mérito personal y se engaña á la gente, y no es así; de ninguna manera. Más nos hace reír la petulancia de tales señores que una comedia de Linares Rivas.

No hablemos, por hartito sabido, de las melenas zorillescas con que muchos jóvenes exangües han querido sembrar el asombro entre los pacíficos transeúntes de la villa y corte; eso está ya desacreditado; ningún tonto decente usa ya melena. Ni hablemos tampoco — que dicen los oradores —, por sabido también, de los poetillas poco ó nada amigos de la limpieza y aseo individual, largos de pelo y de uñas y menos largos de entendimiento y entendederas poéticas. Estas dos clases de tontos no llegan á la categoría de tontos de consideración, y no vale la pena de que se les tome en la ídem.

Hay *poseurs* de varias especies. *Poseurs* por el estilo, por la manera de hablar, por la manera de vestirse, por su educación, ó, mejor dicho, por su falta de educación, etc., etc.

Los *poseurs* de estilo — vayamos por partes — hacen las delicias del público con sus citas de autoridades, con sus personalismos vanidosillos, por los que el lector se entera de lo que come el articulista, de cómo se hace el lazo de la corbata y de la manera particular que él tiene para sonreír, con sus caprichos de lenguaje y media docena de palabras favoritas que repite á cada paso. El público, con un instinto crítico — que ya quisieran para sí los revisteros de teatros —, recoge en seguida las manías de estilo, las repite riéndose, y alguna vez llega hasta dar con ellas un timo á los amigos de confianza.

Los *poseurs* de la conversación son más fatuos, pero más divertidos. Suelen echárselas de reservados; no admiten en concreto el talento de nadie; hablan siempre con cierto tonillo de desdén... — ¿Qué le parece

á usted la comedia estrenada? — ¡Phs! — contesta el *poseur*. — ¿Le gustan á usted los versos de don Fulano? — ¡Phs! — Todos les inspiran lástima. Miran al interlocutor como desde lo alto de una escalera... Se declaran incomprensidos de su época y están en el secreto de todo lo humano. (A lo mejor uno de estos filósofos nos da un sablazo. De algo ha de servirles la filosofía.)

La indumentaria es otra característica de los *poseurs*. Las corbatas y los sombreros, sobre todo, fijan la pretendida originalidad. Esas chalinas enormes, desbordantes, esos flexibles de alas de pájaro de mal agüero quieren ser una aristocracia espiritual. Como si el talento, ó lo que se le parezca, no pudiera ir debajo de un hongo á la moda. Precisamente en algunos el sombrero es tan grande de alas que apenas se les ve que tengan cabeza.

Pero ninguno como los *poseurs* de mala educación; éstos nos divierten, nos subyugan, nos hacen felices. Sin embargo, el talento no disculpa la falta de educación. Se pueden tener ambas cosas, porque las dos sirven.

¡Ilustres tontos — dicho sea sin ofender —, cultivadores de la *pose*! En el seno de la confianza os aconsejamos que despojéis á vuestros méritos de la telaraña de la *pose*; y añadimos esta reflexión modestita: nadie es más alto porque se suba en una silla, ni hasta ahora ha sido signo de sabiduría — que sepamos — ir afeitado de bigote y barbas, á pesar de haber andado á cutis raso los sabios antiguos. Os aplaudiríamos hasta lo que nuestra guasa nos consiente, si tiraseis esos sombreros á la basura y os comprarais otros menos rimbombantes, como los que gastan los ciudadanos sencillos; si de esas corbatas, asaz insolentes y sobradas de tela, os mandarais hacer unas tiras estrechas al uso; si suprimieseis tanta inútil cita cándida en vuestros artículos; si perdonarais el contarnos vuestras intimidades, porque maldito lo que nos importa, etc., etc. ¡Curáos de vuestra tontería!

No creemos que la *pose* sea un microbio. Y si lo es, Dios nos asista.

Luciano.

CONCURSOS DE „ALEGRÍA”

CONSECUENTES en nuestro propósito de abrir las planas de este semanario á cuantos literatos y artistas se sientan capaces de alegrar la vida al respetable público, organizaremos grandes Concursos, á cual más atrayente y sugestivo.

El primero de los de la serie (que es el que hoy anunciamos) tendrá por objeto premiar un **Cuento alegre** que reúna las siguientes condiciones:

- 1.^a Que esté escrito en prosa bastante castellana.
- 2.^a Que no exceda, en extensión, de dos planas de nuestro periódico. (Es inútil que Rodríguez Sampedro se moleste en enviarnos originales.)
- 3.^a Que sea *ilustrable*, pues el cuentecito premiado se publicará con monos.
- 4.^a Que tenga *buen color*; es decir, que no sea verde ni lila, y
- 5.^a Que le guste al Jurado.

El premio consistirá en un elegante billete del Banco de España por valor de

¡CIEN PESETAS!

sin perjuicio de que la Empresa de ¡ALEGRÍA! adquiera, de acuerdo con los autores, aquellos otros cuentos

que, sin ser el premiado, reúnan condiciones para su publicación.

En el próximo número diremos á ustedes los nombres de los señores que componen el Jurado, personas todas de reconocida competencia, y á las que desde ahora compadecemos, por la *ganguita* que les va á caer encima.

Los originales podrán ser enviados desde hoy, y en la forma acostumbrada, á nuestras oficinas, San Lorenzo, 5, terminando el plazo de admisión el día 20 del próximo mes de Abril.

El fallo del Jurado se publicará antes del día 1.^o de Mayo.

Será muy difícil que este Concurso se declare desierto, pues no queremos desalentar á los autores noveles ni hacer á su costa gratuitas propagandas.

Y nada más.

¡Hay CIEN PESETAS en papel-moneda!

¡Ahora ya pueden ustedes venirnos con cuentos! Pero ¡que sean buenos!

La Dirección

Redacción y Administración: Calle de San Lorenzo 5 - MADRID

CANTARES Y COLMOS

*Si el azúcar es muy dulce
y Carulla mucho más,
un Carulla con azúcar
¡qué peor debe de estar!*

*No tengo alegría, ¡ay!
Me la ha quitado Dicenta
imitando á Echegaray.*

El colmo de la vista: Ver el aspecto del banquete
que le amenaza á Galdós en cuanto termine sus *Epi-*
sodios.

*Perdí media vida mía
por leer á Cavestany,
y perderé la otra media
en cuanto lea á Ferrari.*

Escribe Salvador Rueda
versos malos, versos buenos...
*Por cada bueno, cien malos;
por cada malo, otros ciento.*

Otros colmos

El de Benavente: Empeñarse en que se hagan buenas digestiones escribiendo de *sobremesa*.

El de Alejandro Sawa: Ponerse á escribir.

El de Morote: Escribir un artículo en papel de fumar.

*¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,
sin que á Sellés se le ocurra
nada, ni bueno ni malo.*

Colmos de la suerte

Que Linares discurra una comedia y le salga bien.
Que los Quintero estrenen en italiano y les resulte en andaluz.

Que veamos la estatua de Campoamor.

*Un día á Richmond subí
(¡me dió aquella ventolera!),
y saludé desde allí
á Barroso y á Aguilera.*

*La vida es dulce ó amarga:
lo corta ó larga, ¿qué importa?
La que goza la halla corta,
la que sufre la halla larga.*

Colmos de la desgracia

Que Sellés haga un drama en varios cuadros.

Ser padre, tener tres hijos (Juan José, Aurora y Daniel) y que ninguno sea bueno.

*Tengo un consuelo fatal
en medio de mi dolor:
y es que, siendo malo Arniches,
¡otras veces es peor!*

*Te burlas de los que rezan...
¡Cuánta lástima me da
que no haya habido un Vadillo
que te enseñara á rezar!*

José Blass y Cia., San Mateo 1, Madrid.

NEW - IBER

TALLER DE FOTOGRAFADO

CALLE DE SAN LORENZO, NÚMERO 5 MADRID

ESPECIALIDAD EN FOTOGRAFADO DE COLORES

PARA EL LAVATORIO DE VIERNES SANTO



¡Gracias á Dios! ¡Catorce años esperando que me tocase la suerte de lavármelos!